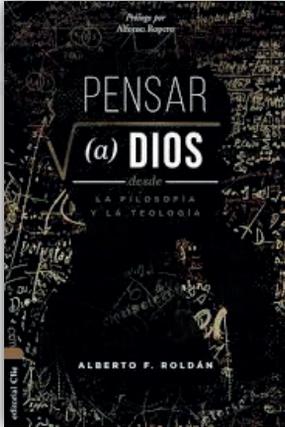




Roldán, Alberto F. *Pensar (a) Dios desde la filosofía y la teología*. Barcelona: Editorial CLIE, 2024. 218 pp. ISBN: 978-84-19779-17-5.



En tiempos de tanta fragmentación y relativismo como el nuestro, resulta una bocanada de aire fresco la lectura de un nuevo libro del teólogo argentino Alberto Roldán sobre Dios, las diversas facetas que hacen a su personalidad y el rol que viene cumpliendo mediante su presencia en la historia como su conductor y providencia.

El doctor Roldán es graduado del Instituto Universitario ISEDET, de la ciudad de Buenos Aires. Se inició en los estudios teológicos muy temprano en su vida y egresó como bachiller y licenciado en Teología de la Universidad Evangélica de las Américas. Posteriormente, continuó su formación en la Universidad Nacional de Quilmes y en la Universidad del Salvador, en las que obtuvo sendas maestrías en Ciencias Sociales y Humanidades, y en Educación, respectivamente. A esto agregó sus estudios de posgrado sobre la filosofía de Nietzsche, en la Universidad Estadual de Londrina, Paraná, Brasil, y sobre ética y metafísica en la Universidad Santo Tomás de Aquino en Argentina. Fue fundador de la revista digital con referato, *Teología y Cultura*, y es autor de más de veinte libros, varios de ellos traducidos al inglés y al portugués.

Alberto Roldán inicia el primer capítulo con una exposición acerca de la naturaleza de Dios y los beneficios que produce estudiarlo. Prosigue en el siguiente capítulo con un análisis de la problematización del estudio de Dios y el significado humano de los estudios teológicos. Luego aborda, en el capítulo tres, el asunto de Dios visto desde el rostro del otro y cómo pensarlo a partir de las mediaciones que se ven posibilitadas por la existencia del “rostro del otro” y de su amor expresado en la carne. Uno de los temas centrales de la teología es el tratado en el capítulo que sigue, la revelación divina, para luego, en el capítulo cinco, analizar su revelación



desde el lugar de la Trinidad. En el capítulo seis introduce la figura de un teólogo sobre quien Roldán es experto, Karl Barth, y expone los vericuetos intelectuales que adopta el racionalismo del teólogo calvinista suizo, empleando la dialéctica en su modalidad teológica como mecanismo capaz de resolver las supuestas contradicciones entre los componentes trinitarios. Barth hizo fuerte hincapié en la naturaleza paradójica de la verdad divina, de ahí su gran apego por el método dialéctico.

Ya entrando en el capítulo siete, son abordadas dos grandes realidades de la teología. Por un lado, el rol de Jesucristo como el Dios encarnado y, posteriormente, como su contraparte que prosigue con el legado que dejó en este mundo, el rol de la iglesia en el mundo, visto desde la perspectiva superadora de las filosofías de Kant y de Hegel.

En el capítulo ocho, el autor incursiona en filosofía de la historia. Allí muestra la labor providencial de Dios como soberano de la historia de este mundo, a su vez que amo y señor de una dimensión en la que se desarrolla su reino en su faz terrenal. Cabe destacar el apartado en que el autor desarrolla el tema de los significados acerca del fin de la historia y la repercusión que posee la concepción de la historia que adoptemos en relación con el impacto que produce en la praxis cristiana.

El noveno capítulo trata sobre la conexión existente entre escatología y adoración. Muy sugestiva resulta la descripción que hace Roldán de la intervención divina con finalidad escatológica que aparece en Isaías 25, como así también lo que dice el apóstol san Juan en Apocalipsis 4 y 5.

Dice Roldán que el tema escatológico es una de las áreas que provoca mayor interés en la teología sistemática. No hay quien no viva pensando en el propio futuro, lo mismo que respecto del desenlace de la historia. El hombre se cuestiona si la historia tiene un principio y un final o si, por el contrario, se desenvuelve por azar. Con respecto al tema de la adoración, se observa que existe poco material publicado, en tanto sí hay mucha teología elaborada sobre escatología. A fin de establecer esa importante relación entre escatología y adoración, el autor analiza lo que afirma la Biblia en Isaías 25 y en Apocalipsis 4 y 5. Eso, por una parte, pero por otra detiene su mirada reflexiva en torno a lo que el teólogo Jürgen Moltmann ha dicho al respecto.

La escatología se ocupa de los asuntos finales, de eventos futuros tales como la parusía de Jesucristo, el juicio final y el reino de Dios en cielos y tierra renovados. También la escatología es, especialmente, el modo en que fue construido el mensaje contenido en el Evangelio. Así, entonces, todo el Nuevo Testamento está enmarcado en un contexto escatológico.

El capítulo 25 de Isaías, aunque en menor grado junto a su antecedente y los dos que lo siguen, conforma lo que algunos teólogos han dado en llamar “el apocalipsis de Isaías”. Allí, siguiendo el *Nuevo comentario bíblico* de D. Guthrie et. al., Derek Kinder afirma que el profeta Isaías habla de una caída de los enemigos terrenales y sobrenaturales, a lo cual sobreviene la resurrección y la glorificación (24, 21 y ss).

El apartado en este capítulo prosigue mediante un repaso de las acciones redentoras de Dios. Así, menciona cómo el Señor estuvo presente en los momentos de angustia de su pueblo, así como también ha sido un refugio para necesitados y un “baluarte para el desvalido”, resguardo contra la tormenta y una sombra contra el calor. Todos y cada uno de estos pleonasmos tienen el propósito de “acentuar la acción salvadora del Dios de Israel”. Este obrar de Jehová en la historia y su efecto inmediato en la adoración puede sintetizarse en dos reflexiones finales: en primer lugar, porque la historia manifiesta en forma concreta y evidente el carácter de Dios; la historia es el escenario en que ejerce su poder, justicia, amor y sabiduría. Allí se objetivan sus perfecciones. En la historia de la salvación, se produce la obra salvífica de Cristo mediante el Espíritu Santo. En segundo lugar, existe solo una historia en la que Dios interviene. No hay dualismos en Isaías porque Dios es el señor de la historia, en esta desarrolla sus propósitos y es dentro de esa macrohistoria universal que se sitúa cada historia individual personal. Los salmos de David confirman esta idea, ya que muestran la intervención de Dios en la experiencia personal de David.

En el décimo capítulo, se aborda el tema de la esperanza desde el punto de vista de la conexión entre la fe y la salvación. Inicia con un análisis de la epístola paulina a los Romanos, capítulos 9 al 11, donde san Pablo vuelca sus vivencias misioneras y a partir de allí reflexiona acerca del argumento de que “el justo por la fe vivirá”. Así, el apóstol Pablo elabora una

filosofía de la historia de la salvación realizando un estudio profundo del tema al indagar el significado escatológico en el pueblo de Israel.

El capítulo once trata sobre asuntos muy propiamente humanos donde se manifiesta la providencia divina, mediante su acción en las problemáticas sociopolíticas cotidianas. Karl Barth sostiene que desde la encarnación de Cristo “Dios está en todo lo humano”. Vivir auténticamente es actuar cristianamente en el mundo cotidiano en que nos toca desempeñarnos. Tal es el significado último de vivir en el reino de Dios en la historia.

Finalmente, en el duodécimo y último capítulo, el autor aborda desde la fenomenología asuntos tan caros a la teología como, por ejemplo, la cuestión del cuerpo, la carne, la vida. En esta línea, Roldán sigue la pluma de Michel Henry, quien en sus escritos analiza el texto evangélico en que se describe la conexión entre el Verbo y los orígenes, tema este situado entre los más relevantes y esenciales para la reflexión teológica, por cuanto allí se juega toda la antropología a partir de la mediatez de la relación entre la deidad y el hombre, a través de la figura salvadora de Cristo.

Roldán cierra su investigación planteando las relaciones y diferencias existentes entre la filosofía y la teología, una conexión intrínseca en que ambos campos disciplinares no compiten mutuamente, sino que se complementan. La gran diferencia consiste en que la teología tiene un punto de partida en su reflexión: las Sagradas Escrituras.

Fernando Aranda Fraga
Escuela de Graduados
Universidad Adventista del Plata